

ACTO SEGUNDO

La decoración del acto primero. Es de día.

ESCENA PRIMERA

BELÉN, arreglando la mesa que está muy desordenada. Entra
CRUCITA.

CRUCITA

Mamá, me has dicho que tengo que salir á
comprarte no sé qué.

BELEN

¡Ay, hija! Tenemos tan poco dinero que...

CRUCITA

Pues te traeré mi hucha, para que la rom-
pas y saques los cuartitos que necesites.

BELEN

No. Luego llevarás un recado á Donato, á
ver si...

CRUCITA

Iré ahora mismo, si quieres.

BELEN

Todavía no... ¿Has visto cómo está hoy Salomón? En dos semanas que lleva aquí, nunca le he visto tan compuesto y elegante.

CRUCITA

Desde ayer anda metido en cosas de Bancos y Bancas, y en ese fregado que llaman la Bolsa.

BELEN

¿Saldremos ahora con que nuestro huésped, que entró en casa haciéndose el pobre, resulta que tiene el riñón bien cubierto?

CRUCITA

Pobre no es. Para mí ha sido una suerte que Salomón entrara en nuestra casa.

BELEN

No sé, no sé; hay algo misterioso en él.

CRUCITA

Misterioso ó no misterioso, es hombre simpático. Anoche soñé con él.

BELEN

Siempre estás tú con sueños y tonterías.

CRUCITA

Déjame que te explique. Soñé con él, porque ayer tuvimos aquí una conversación... Muy cariñoso, me dijo que soy lista y buena, y que valgo más de lo que mi familia cree.

BELEN

¡Tontuela, vanidosilla! ¿Tú crees esas bromas que gastan los hombres para pasar el rato?

CRUCITA

Me dió, como todos los días, una pesetilla, y luego me dijo: «Mañana ó pasado te daré un cofrecito de plata para que guardes tus ahorros.» Por eso soñé con él.

BELEN

En el tomar no hay engaño; coge lo que te dé. (Sintiendo pasos.) ¿Quién viene?

CRUCITA

Salomón.

BELEN

Vámonos. (Dirigense hacia la derecha.) No, no; quédate tú, á ver qué te dice... (Vase Belén. Crucita se queda, y por disimular, se pone á limpiar los muebles con un paño.)

ESCENA II

CRUCITA, SALOMÓN, que entra por la izquierda, vestido con elegancia; después DOÑA ELADIA.

SALOMON

¡Hola, Crucita! Tú siempre trabajando.

CRUCITA

¿Qué hemos de hacer? Somos pobres y no tenemos criada.

SALOMON

Esta mañana muy temprano te sentí fregando los suelos. Estarás rendida.

CRUCITA

Yo no me rindo.

SALOMON

Así me gusta, activa y hacendosa; serás una mujer de mérito, y cuando te cases, harás la felicidad del que tenga la suerte de ser tu marido.

CRUCITA

(Burlándose.) ¿Casarme yo, señor Salomón? ¿Quién me va á querer á mí, una chica pobre, sin ningún atractivo?...

SALOMON

(Risueño, sentándose.) No te achiques; atractivos tienes y no pocos; eres bondadosa, caritativa, y además muy casera y económica; ¿qué sería de esta desdichada familia sin su Crucita?

CRUCITA

¡Ay, qué guasón está hoy don José! Yo no valgo nada. No es ningún mérito estar trajinando en la casa todo el día; hay que barrer, hay que lavar, hay que coser, y á cada instante: «Crucita, vete á traer tal cosa; Crucita, lleva este recado; Crucita, por acá y Crucita, por allá...»

SALOMON

¿Y no te dan algún descanso los domingos

por la tarde para que vayas de paseo con tus amiguitas?...

CRUCITA

(Riendo.) ¡Ja, ja! ¡Amiguitas yo!

SALOMON

Podías ir al Retiro á ver la Casa de Fieras.

CRUCITA

Para casa de fieras, esta casa mía.

SALOMON

Podrías ir á un teatro... á un cine...

CRUCITA

¿A un teatro yo... con estos trapillos?

SALOMON

¿No tienes ropita? Ven acá. (Le coge una mano.) Pues yo te voy á comprar un vestido.

CRUCITA

(Avergonzada.) Yo se lo agradezco; pero no puede ser, no lo consiento. Ahora resulta que

no es usted económico, y que no practica lo que tanto le predica á mi padre.

SALOMON

Cállate, tontuela: yo sé lo que tengo que hacer. Te ofrecí un cofrecito de plata para guardar tus ahorros, y ahora te ofrezco un traje sencillito, económico (mirándole los pies), y unos zapatos...

CRUCITA

¡Ay, don José! Usted se está quedando conmigo.

SALOMON

(Levantándose.) No me quedo, me voy, y dejo para tu madre este recado: que si no estoy aquí á la hora de comer, no me esperen.

CRUCITA

Ya. Que hoy no comerá usted en la casa de fieras.

ELADIA

(En la puerta de la izquierda, llamando desde fuera.) ¿Se puede?

CRUCITA

Aquí tiene usted á la Osa mayor, doña Eladia. (Vase corriendo por la derecha. Entra doña Eladia.)

ESCENA III

SALOMÓN, DOÑA ELADIA; después BELÉN.

ELADIA

(Entrando por la izquierda. Trae un sombrero estropeado y con las plumas rotas.) Me dicen que no está Pelegrín.

SALOMON

¿Venía usted á pedirle algo?

ELADIA

¡Oh, no! Venía á consultarle un asunto.

SALOMON

¡Hum...!

ELADIA

Puesto que Pelegrín no está, pediré consejo á usted.

SALOMON

¿Y qué? ¿Ya tiene usted el fallo del Supremo que la pone en posesión de su riqueza?

ELADIA

Casi, casi; me han dicho que de hoy á mañana tendremos el fallo.

SALOMON

Pues si no es un fallo fallido, felicito á usted, señora. (Se descubre.)

ELADIA

Ahora viene mi turbación y perplejidad. Pasar bruscamente de la escasez á la opulencia es cosa grave.

SALOMON

Lo grave es lo contrario.

ELADIA

Tiene usted razón; pero yo me encuentro sin saber qué hacer. Mi primera idea fué comprar el palacio donde nací; pero está en poder de burgueses enriquecidos que no quieren venderlo.

SALOMON

Pues construya usted otro.

ELADIA

No me hable usted de construir. Se tarda mucho, y yo quiero una vivienda conforme á mi nueva posición.

SALOMON

Pues yo puedo proporcionarle á usted una casa espléndida, construída á la moderna con todo lujo y *confort*.

ELADIA

Eso; eso me conviene.

SALOMON

Precisamente hoy he vendido yo cinco casas, que eran de un propietario americano, y que reunen todas las condiciones que usted desea. Adquiera usted una de esas casas, y excusa usted de meterse en obras.

ELADIA

Y esa casa, ¿tiene salón?

SALOMON

Salones y gabinetes de varios estilos; comedores para grandes convites..., etcétera..., etcétera... Y ahora, señora, si usted necesita un buen administrador, estoy á su disposición.

ELADIA

Bien, bien; le tendré á usted presente.

SALOMON

Ya sabe usted que mi fuerte es administrar.

ELADIA

Un señor así me conviene para salvaguardia de mis intereses. Usted me dirá sus condiciones.

SALOMON

Dispénsame ahora, señora; tengo que ir al Banco, á la Bolsa, á la Dirección de los Registros...

ELADIA

Ya veo que tiene usted á su cargo intereses cuantiosos.

SALOMON

(Despidiéndose.) Estoy á sus órdenes, ilustre señora.

ELADIA

Yo me quedo aquí, que tengo que hablar con estas amigas.

SALOMON

¡Hum...! (Sale en el momento en que entran Belén, Natalia y Alfredo.)

BELEN

Salomón, ¿qué novedad es esa? Ahora está usted en la calle todo el día.

SALOMON

Así lo requieren mis asuntos. (Vase Salomón.)

ESCENA IV

DOÑA ELADIA, BELÉN, NATALIA, ALFREDO; después CRUCITA.

ELADIA

(Se sienta y saca unas muestras de telas de tapicería, lujosísimas; las enseña á sus amigas.) A ver, amigas, qué les parece de estas telas para tapizar mis muebles.

NATALIA

Por lo visto, se confirma que gana usted el pleito.

BELEN

(Mirando las muestras.) Preciosas telas.

ALFREDO

Si me permiten mi opinión, diré que yo

elegiría ésta; creo que la verdadera elegancia está en la sencillez.

ELADIA

Tiene razón Alfredito; decididamente elijo ésta de florecitas para el salón Pompadour.

BELEN

Ahora que va usted á ser rica, cuídese de administrar bien su caudal.

NATALIA

(Con cierta socarronería.) Doña Eladia, usted está todavía en buena edad, y sería muy acertado que se casara con Salomón.

BELEN

¡Ah, sí! Ese le defendería á usted el céntimo.

ELADIA

El himeneo entre personas de diferente condición social debe pensarse detenidamente. Reconozco en Salomón excelentes cualidades administrativas, y su físico no me desagrada.

ALFREDO

Mejor está usted libre que casada. Para

administrador yo podría servirle también; pero como estoy tan enfermo y tengo que ir á tomar baños...

ELADIA

¿Y qué hace usted que no se va ya?

BELEN

Es que no tenemos dinero.

ELADIA

Si usted puede esperar un par de semanas todo lo más, yo le pago el viaje á los baños de Vichy, Spa ó Carlsbad...

NATALIA

Gracias, doña Eladia: mi marido no puede ir tan lejos; ya se contentará con El Molar ó La Porqueriza.

BELEN

Pelegrín tendrá que buscar dinero para atender á la salud de su yerno.

ELADIA

Me causa gran pena ver á Pelegrín en estos afanes. ¿Y dónde está el bueno de Pelegrín?

BELEN

El pobrecito se ha echado un rato, porque anoche estuvo trabajando... ¿Quiere usted que le despierte?

ELADIA

¡Ah, no! Yo espero.

BELEN

(Llamando.) Crucita, ven. (Entra Crucita.) Vete á casa de Donato, y dile que si nos puede adelantar algo de lo que tiene que darnos mañana.

CRUCITA

Voy, mamá.

BELEN

Vete pronto, que hace falta; y si está allí Salomón, no te importe para dar el recado. (Vase Crucita. Todos los personajes están sentados junto á la mesa de Pelegrín.)

ALFREDO

Pues yo, doña Eladia, me alegraría mucho de que recobrara pronto la elevada posición que le pertenece.

ELADIA

¡Ay, hijo! Eso es ya como tenerlo en la mano.

ALFREDO

Dichosa usted que podrá proteger á los que, privados de medios materiales, trabajan sin descanso en la creación ideal de obras útiles y esperan una mano generosa que les dé realidad práctica.

NATALIA

Cuéntale á la señora tu proyecto de casas económicas...

BELEN

Ya sabe usted, doña Eladia, que Alfredito ha estudiado para Obras públicas y es un gran dibujante.

ALFREDO

En los ocios de mi enfermedad, me entretengo en trazar los planos para un barrio de casas baratas.

NATALIA

Viviendas muy lindas, con todo lo que pide la higiene y el *confort*.

ELADIA

¡Qué hermosa idea!

ALFREDO

Pero como falta el capitalista que...

ELADIA

Ya vendrá el capital; todo es cuestión de días..., de semanas.

ALFREDO

Pues si usted quisiera apoyar esta empresa, mi grupo de veinte casas se llamaría *Barrio de doña Eladia*.

NATALIA

Si ve los dibujos, seguramente se entusiasma.

ALFREDO

¿Por qué no sube usted un ratito á casa á ver todos mis trabajos?

BELEN

Suba, doña Eladia, suba.

ELADIA

De buena gana subiría; pero mi estómago desfallece á esta hora, y tengo que ir á casa

para tomar un reparito; de paso visitaré la fábrica de tapices para escoger mis alfombras.

NATALIA

Tiempo tiene de escoger las alfombras. Suba con nosotros á casa, doña Eladia, y participará de la modesta paella que tenemos para hoy.

ELADIA

Precisamente la paella es mi manjar favorito; acepto.

ALFREDO

Y después que vea las casas económicas, le enseñaré el proyecto de catedral gótica y un poquito mudejar.

ELADIA

(Levantándose.) ¿También hace usted catedrales?

ALFREDO

Hay inventiva para todo.

NATALIA

Y tiene un proyecto de panteón, verdaderamente regio.

ELADIA

Eso me conviene, porque pienso que mis

huesos y los de mi familia descansen en un recinto decoroso y noble.

NATALIA

Venga, señora.

ALFREDO

(Dándole el brazo.) Vamos arriba.

ELADIA

(Ceremoniosa.) Partamos. (Vanse Natalia, Alfredo y doña Eladia.)

BELEN

(Aparte, viéndoles salir.) Esta pobre doña Eladia está muerta de hambre; arma todas esas historias para que le maten el gusanillo. ¡De buena se ha escapado mi marido!

ESCENA V

BELÉN, PELEGRÍN

PELEGRIN

(Entrando por la derecha.) ¿Ya se fué la ilustre dama?

BELEN

Ha ido á comer con Natalia. Y tú, ¿has descansado?

PELEGRIN

Poco; tengo mi cabeza tan llena de preocupaciones... Me asaltan en tropel las ideas más absurdas; visiones... presentimientos...

BELEN

¿Buenos ó malos?

PELEGRIN

De todo hay. Voy á trabajar, que es la única verdad; trabajar hasta morir. (Cogiendo el buril y poniéndose el lente en un ojo.)

BELEN

Paciencia.

PELEGRIN

Vete á la cocina, y que la comida esté á su hora. (Vase Belén.)

ESCENA VI

PELEGRÍN, CRUCITA

PELEGRIN

Voy á grabar en esta placa... (Suena la campanilla.) ¿Quién será? (Entra Crucita, muy gozosa y brincando.) Chiquilla, ¿qué te pasa?

CRUCITA

(Da vueltas por la escena.) ¡Ay, qué alegría!

PELEGRIN

¿Vienes de casa de Donato?

CRUCITA

Sí.

PELEGRIN

¿Te ha dado algo para mí?

CRUCITA

No. (Extremando su alegría y sus brinco.) ¡Ay, papá! ¡Si supieras lo que te traigo!